

y vosotros? ¿qué vendría a significar? A pesar de las diferencias a primera vista, evidentes, siempre se trata de reconocernos en el otro, seres humanos completamente diferentes como iguales y en relación. Es decir, el constante planteamiento de la antropología sobre el devenir sin dejar de beber del pasado, del presente, hacen de esta [la antropología] una ciencia, más que interesante, necesaria... ¿imprescindible?" (p. 266).

"De alguna manera, vengo a insinuar que debemos tomar conciencia de que el objeto a observar por la antropología es el propio sentido de la vida, es decir, observar de qué manera las interrelaciones humanas nos conforman más allá de la mera observación de objetos, y trataríamos de ser capaces de crear puentes nuevos, incluso ir más lejos del papel creativo de la reflexión al que nos invita Bateson (1979), y asumir lo observado como un rizoma (Deleuze y Guattari, 1977) en constante y múltiple construcción en el que el propio observador, conforma, crea, al tiempo que es conformado y creado. Estaríamos hablando de sentido de vida, sentidos de vidas que confluyen en relación" (p. 270).

"Y es que la complejidad del quehacer humano (la cultura) y su ulterior observación, comparación y prospección, nos pone frente al verdadero papel de la antropología como ciencia humana completa y necesaria, capaz de enfrentarse a la propia inconmensurabilidad del mundo, convirtiéndose así en herramienta legible de comprensión de sentido" (p. 272).

El editor José Turpín Saorín no ha considerado oportuno insertar una bibliografía general y ofrece extensas relaciones de fuentes al final de cada capítulo que permiten a los lectores abundar en el polimórfico mundo del sentido y de las respuestas a la pregunta sobre ¿quiénes somos los humanos y cómo y por qué nos configuramos socialmente?

Leandro Sequeiros, SJ

lsequeiros@jesuitas.es

Presidente de ASINJA (Asociación Interdisciplinar José de Acosta)



CRAWFORD, KATE: *Atlas de IA. Poder, política y costes planetarios de la inteligencia artificial*, NED Ediciones, Barcelona 2023, 448 pp. ISBN: 9788419407023.

El libro —publicado originalmente en 2021 por Yale University Press— se presenta como un intento de arrojar luz sobre el complejo mundo de intereses políticos y económicos que gravitan en torno a la industria de la inteligencia artificial (IA). Kate Crawford —investigadora del Microsoft Research Lab y miembro del Consejo de Agenda Global del Foro Económico Mundial (WEF)— tiene una formación principalmente humanística, por lo que los aspectos tecnológico-científicos de la IA sólo se

tocan de manera marginal. La propia autora presenta esta obra como un “informe parcial” (p. 33), que pretende responder a una pregunta precisa: “¿Cómo se ‘hace’ la inteligencia y con qué trampas nos podemos encontrar a partir de este proceso?” (p. 23).

Ya podemos anticipar que —en opinión de quien escribe esta recensión— el libro no logra su objetivo. De hecho, se trata de un texto con dos caras: a unas premisas interesantes —a veces incluso aceptables— no les sigue un desarrollo adecuado, sino que el discurso pronto se convierte en una exposición de la ideología personal de la autora. Las innumerables posiciones ideológicas a lo largo del libro nunca se discuten, ni siquiera se justifican, hasta el punto de que parece como si, para Crawford, su ideología fuera necesariamente compartida también por el lector, o fuera precisamente la única ideología posible. El resultado es que el libro parece, en conjunto, mucho más un artículo de opinión de casi 400 páginas que un ensayo científico.

Entre las premisas positivas de la obra encontramos la convicción de la autora de que los sistemas computacionales artificiales no son en absoluto análogos a la mente humana y que, por tanto, la IA nunca podrá sustituir “la infinita complejidad de la subjetividad humana” (p. 40). De hecho, tenemos sólidas razones filosóficas para estar de acuerdo con esta tesis (que, sin embargo, Crawford no se molesta en justificar). También es interesante la crítica a lo que la autora denomina el “dualismo cartesiano en la IA” (p. 27), es decir, la posición que entiende la IA como “una inteligencia incorpórea, liberada de cualquier relación con el mundo material” (*ibid.*). Es más, Crawford sostiene que “la IA no es *artificial* ni *inteligente*” (p. 29): “existe de forma corpórea, como algo material, hecho de recursos naturales, combustible, mano de obra, infraestructuras, logística, historias y clasificaciones” (*ibid.*); además, se señala que “los sistemas de IA no son autónomos, racionales ni capaces de discernir algo sin un entrenamiento extenso y computacionalmente intensivo, con enormes conjuntos de datos o reglas y recompensas predefinidas” (*ibid.*).

El deseo de rebajar el excesivo entusiasmo que se suele poner en las capacidades intelectuales de la IA, unido al intento de no tratar la IA como un ideal abstracto, sino de relacionarla con la materialidad del terreno tecnológico e industrial del que surge, son sin duda puntos de partida prometedores para un examen filosófico del tema.

Sin embargo, Crawford no se limita a esto, sino que desde el principio define la IA como un “certificado de poder” (p. 29), incluso diseñado para “servir a intereses dominantes ya existentes” (*ibid.*). Esta es una manifestación temprana de lo que será el *leitmotiv* de todo el libro: leer el mundo de la IA a través de la lente de una ideología que podríamos definir como “neomarxista”. A lo largo de toda la obra, de hecho, la autora interpreta la IA como una “*industria de extracción*” (p. 37), donde el término ‘extracción’ se refiere tanto a los recursos naturales extraídos para construir y alimentar los sistemas de IA, como —en un sentido puramente marxista— a la *extracción* de “plusvalía” de la mano de obra empleada por la propia industria de la IA.

El primer capítulo (“La Tierra”, pp. 49-88) trata precisamente de la utilización de los recursos naturales por la industria de la IA. Todo el contenido del primer capítulo puede resumirse exhaustivamente en pocas palabras: la industria de la IA contamina. De hecho, la referencia a la IA se vuelve tan incidental a partir de aquí que el capítulo

puede reducirse de verdad a: la industria contamina. Realmente no hay mucho más en las páginas que componen esta parte del libro, salvo —otro elemento recurrente de la obra— el relato de algunos viajes realizados por la autora (completos con fotografías).

El único elemento digno de mención es la denuncia del alto nivel de contaminación que provoca la producción de coches eléctricos. Esta sería una pista útil para señalar la inconsistencia de todas aquellas políticas que imponen la sustitución de los coches actuales por coches eléctricos, con el fin de reducir la contaminación. Sin embargo, se puede ver cómo el deseo de Crawford es en realidad más bien la extinción forzosa del automóvil como tal.

El otro potencial motivo de reflexión que ofrece este capítulo —aunque no lo desarrolla la autora— es la incapacidad del “Estado nación” (p. 79) de hacer frente a problemas globales como la contaminación. Sin embargo, esta observación puede dar lugar a dos desarrollos argumentales divergentes: por un lado, puede cuestionar la razonabilidad de confiar a entidades estatales la gestión de realidades estructuralmente ingobernables como el medio ambiente; por otro, puede utilizarse para prefigurar la creación de un Estado supranacional que gobierne fenómenos de alcance global. Es fácil adivinar que Crawford se inclina por la segunda vía.

El segundo capítulo (“El trabajo”, pp. 91-138) no es más que una típica crítica marxista de la explotación de los trabajadores por la industria capitalista. La referencia a la IA vuelve a ser totalmente marginal: se podría haber escrito lo mismo sobre cualquier industria en cualquier época posterior a la revolución industrial.

Sin embargo, incluso aquí no falta una pista potencialmente interesante, la de la “fauxtomatización” (p. 108). Se trata del fenómeno —al parecer bastante extendido— de esos falsos sistemas de automatización tras los que se esconden en realidad seres humanos de carne y hueso, llamados a realizar tareas intelectuales de las que las máquinas no son realmente capaces. De ahí podría deducirse la ineliminabilidad del componente humano en el ámbito laboral-productivo, aunque la cuestión no es profundizada por la autora.

El tercer capítulo (“Los datos”, pp. 141-186) se abre en cambio con algunas consideraciones válidas sobre los “límites epistémicos” (p. 153) de la IA. A diferencia de la mente humana, que es capaz de hacer inferencias lógico-deductivas, la IA sólo puede hacer inferencias inductivas. Si, por ejemplo, programo un sistema de reconocimiento de imágenes con sólo imágenes de manzanas rojas, éste sistema concluirá que todas las manzanas serán rojas y no reconocerá una manzana verde como ‘manzana’. Los sistemas de IA sólo saben operar a partir de los datos que se les suministran, de ahí la inmensa demanda de datos por parte de la industria de la IA. Obviamente, esto plantea cuestiones de privacidad relativas a la adquisición y gestión de datos personales, pero también da a Crawford el pretexto para establecer un paralelismo difícilmente comprensible entre el uso de datos por parte de la IA y el colonialismo (v. pp. 174-175).

A partir de aquí, el tema central de toda la discusión pasa a ser el de la discriminación, especialmente la discriminación racial y de género. Este tema es, cuando menos,

predominante en los tres capítulos que concluyen la obra (“La clasificación”, pp. 189-227; “Las emociones”, pp. 231-271; “El Estado”, pp. 275-317). Cada uno de los temas abordados en estas páginas se utiliza en realidad como pretexto para acusar a la IA de racismo y sexismo. El hecho es que la base de la acusación es a menudo tan débil que las posiciones polémicas de Crawford pierden credibilidad. El “modelo restrictivo de los géneros binarios” (p. 202) – es decir, la distinción natural entre hombre y mujer – es, para la autora, inherentemente discriminatorio; la aplicación de la ley y la lucha contra el crimen son, al parecer, inherentemente racistas. El tema de la discriminación se vuelve tan redundante en estas páginas que a veces tiene incluso un efecto cómico; en cierto momento, uno casi se pregunta si, para Crawford, no es tanto la IA la que es discriminatoria, sino la realidad misma.

En esta segunda parte de la obra, las buenas premisas iniciales naufragan definitivamente en un mar de ideología. Por tanto, se aconseja a quienes busquen una introducción científica y filosóficamente bien fundada al mundo de la IA que miren en otra parte. El libro, sin embargo, puede resultar un recurso valioso para el lector interesado en descubrir cómo una reconocida intelectual neomarxista ve hoy el mundo.

Valentino Pellegrino
valentino.pellegrino@unive.it
Università Ca’ Foscari Venezia

BOLLORÉ, MICHEL-YVES y BONNASSIES, OLIVIER: *Dios. La ciencia. Las pruebas. El albor de una revolución*, Fuenfambulista, Las Rozas 2023, 584 pp. ISBN: 978-84-1265-879-8.

La publicación en España de esta obra viene precedida por el éxito editorial que ha tenido la edición original en Francia, tal y como se ha anunciado a bombo y platillo en la campaña publicitaria en nuestro país. Si a este hecho unimos el último de los subtítulos del libro: “el albor de una revolución”, no podemos otra cosa que pensar que estamos ante una nueva vuelta de tuerca a la reflexión sobre Dios a partir de los datos que nos ofrece la ciencia. Sin embargo, en esta obra no encontramos ninguna novedad, tampoco rigor metodológico, y sí afirmaciones que demuestran falta de conocimiento en cuanto se sale del campo de la física que dominan los autores.



Desde la introducción queda claro que el título lleva a engaño. Como no podía ser de otra manera, en el momento en que los autores tratan de inferir la existencia de Dios a partir de la ciencia, se adentran en un campo que excede los límites de la misma ciencia, algo a lo que nos tienen muy acostumbrados los autores materialistas que tratan de probar de manera científica la no existencia de Dios.